

Amor eternizado



Domingo 32 del tiempo ordinario

Lucas 20, 27-38

Acercándose algunos de los saduceos, esos que sostienen que no hay resurrección, le preguntaron: «Maestro, Moisés nos dejó escrito que si muere el hermano de alguno, que estaba casado y no tenía hijos, que su hermano tome a la mujer para dar descendencia a su hermano. Eran siete hermanos; habiendo tomado mujer el primero, murió sin hijos; y la tomó el segundo, luego el tercero; del mismo modo los siete murieron también sin dejar hijos. Finalmente, también murió la mujer. Esta, pues, ¿de cuál de ellos será mujer en la resurrección? Porque los siete la tuvieron por mujer.» Jesús les dijo: «Los hijos de este mundo toman mujer o marido; pero los que alcancen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección. Y que los muertos resucitan lo ha indicado también Moisés en lo de la zarza, cuando llama al Señor el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos viven.»

Reflexión

Por medio de las lecturas bíblicas, que acabamos de escuchar, la Iglesia nos muestra hoy **dos posturas diferentes** frente a la resurrección y la vida eterna:

1. Los hermanos Macabeos: testimonio de una fe heroica en la resurrección de los muertos - capaz de jugarse la vida por su convicción. Los dos libros de los Macabeos fueron escritos en el año 120 antes de Cristo. Por primera vez en todo el Antiguo Testamento se afirma aquí la fe en la resurrección de los cuerpos.

2. Los Saduceos: son más un partido político que una secta religiosa - colaboracionistas, rendidos a los opresores romanos, traicionando a Dios y a los hombres. Ellos niegan la fe en la resurrección. Además, quieren ridiculizarla. Plantean una caricatura de la resurrección: una simple continuación de la existencia presente.

Jesús confirma la fe en la resurrección.

Jesús, en toda su enseñanza, confirma esta fe en una vida eterna y una resurrección de los cuerpos. La prueba más convincente es su propia Resurrección.

Así también en el Evangelio de hoy: los saduceos aceptan sólo los cinco primeros libros (de Moisés). Por eso, Jesús toma el ejemplo de uno de esos libros (Éxodo):

Si Dios no salva a los patriarcas de la muerte, entonces todas sus promesas no valen nada. Pero si Dios salva, entonces *“Dios es un Dios de vivos y no de muertos”*.

Nuestra fe en la resurrección.

Creo que este Evangelio de hoy nos invita a preguntarnos acerca de nuestra propia fe en la resurrección:

- ¿Deseamos, anhelamos realmente resucitar?
- ¿Tenemos ganas de vivir para siempre?
- ¿Hay algo en nuestras vidas que queremos eternizar?

Pienso que, en el fondo, existe una sola cosa que vale la pena eternizar:
¡NUESTRO AMOR!

Es lo más esencial de nuestra vida, de ello depende nuestra felicidad. Todo lo demás es secundario. ¿Qué serían nuestras familias, nuestros matrimonios, nuestros grupos sin amor?

El amor permanece.

San Juan, que ha reflexionado mucho sobre el amor, nos dice en este contexto dos palabras muy significativas:

- *“Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos”*.
- *“El que no ama, está muerto”*. (1 Jn 3,14)

Cuando no hay amor, el tiempo pasa en vano, es tiempo perdido, tiempo muerto: no hay frutos de vida eterna.

Pero cuando hay amor, todo lo que hacemos se salva, se perpetúa. Eternizaremos todo cuanto hayamos amado verdaderamente. Porque la vida auténtica es amor y el amor no muere nunca, pues es más fuerte que la muerte.

Nuestra vida eterna y nuestra resurrección van a ser, por eso, la **prolongación y perpetuación de nuestro amor**.

Sabemos que el amor allí será perfecto: ya no tendrá barreras ni límites. Será más fuerte y fiel que cualquier lazo que tuvimos en la tierra. Será un amor pleno, libre de todo egoísmo, interés o mezquindad. Es ese amor maduro que anhelamos y aspiramos ya en este mundo terrenal.

Pero la vida en el más allá no será sólo la prolongación y perpetuación de nuestro amor. Será también algo nuevo y distinto.

Es absurdo imaginarse el cielo como si fuera otra tierra. No es volver otra vez a esta misma vida; sería como dar un paso hacia atrás.

Por lo contrario, es un paso adelante, un adentrarnos en la vida y el amor verdaderos.

El Evangelio de hoy lo indica claramente: será una vida bien distinta de la vida actual.

Todo estará concentrado en Dios, todo estará girando en torno a Él. Toda la vida y todo el amor se harán transparentes hacia Él y culminarán en Él. Como dice la 1ª carta a los Corintios (15,27): *“Dios será todo en todos”*. Y los hombres seremos *“semejantes a los ángeles”*, sirviendo, adorando y alabando, como ellos, al Padre.

La vida en la Casa del Padre será algo tan nuevo y distinto que San Pablo puede decir: *“Nadie vio ni oyó y ni siquiera pudo pensar aquello que Dios preparó para los que le aman”* (1 Cor 2,9).

Queridos hermanos, estamos todos en camino hacia el Padre. Por eso, hemos de mirar nuestra vida como una peregrinación a la Casa del Padre, al corazón de Dios. Debemos prolongar y eternizar nuestra vida hacia el otro mundo.

Preparémonos, por eso, a participar de esta vida nueva y definitiva junto a Dios, por medio de un amor cada vez más auténtico, desinteresado y generoso, hacia Dios y hacia los hermanos.

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt